



P. Raniero Card. Cantalamessa, ofmcap

Exhortación en la apertura de Capítulo General de los Frailes Menores Capuchinos

Roma, Colegio San Lorenzo de Brindis, 26 de agosto de 2024.

Agradezco al Ministro General por haberme invitado a dirigiros una palabra en una ocasión tan especial porque esto me ofrece la oportunidad de expresar el afecto y la gratitud que tengo por nuestra familia religiosa. Humanamente, se lo debo todo a la Orden Capuchina y en particular a mi provincia de Las Marcas. La Orden me recibió cuando era un pobre niño de 12 años recién salido de los horrores y las estrecheces de la segunda guerra mundial; me ha formado y apoyado en cada fase de la vida, hasta el día de hoy. Cuando, hace cuatro años, el Papa Francisco me anunció por teléfono su deseo de nombrarme cardenal, respondí que haría preferido morir con mi hábito capuchino. Me tranquilizó diciéndome que se podía hacer ambas cosas, manteniendo mi hábito religioso, incluso como cardenal. Y así sucedió. Nunca he vestido "la púrpura", aparte de este modesto solideo rojo en mi cabeza.

* * *

El Ministro general, con su relación, que tuve la oportunidad de leer de antemano, ofrece una fotografía, por así decirlo, en "alta definición" de la situación de nuestra Orden. Sólo puedo invitaros a acogerlo con el corazón abierto, pensando en la enorme cantidad de trabajo que sugiere. Me limito al único punto sobre el que puedo decir una palabra: el relativo a la *Ratio formationis*, es decir, la formación espiritual en nuestra Orden.

Tomo mi inspiración de lo que el Oficio de Formación ha escrito en vistas a este Capítulo: "Nuestro horizonte de vida – dice – es siempre Jesús de Nazaret. Este es nuestro proyecto formativo: tener los mismos sentimientos que él. Formar significa conformarse al estilo de vida del Santo Evangelio, auténtico camino hacia la santidad". Estas palabras no hacen más que volver a proponer el comienzo de la Regla de san Francisco: "La vida y regla de los Frailes Menores es ésta: observar el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo".

Quisiera animar a los hermanos capitulares a que estas palabras no se queden en una premisa necesaria y plenamente compartida, pero que pronto se olvida para abordar cosas más concretas y prácticas.

Nunca reflexionamos lo suficiente sobre las palabras pronunciadas por el Seráfico Padre cerca de su muerte, casi su último brevísimo testamento: "Yo he hecho mi parte, que Cristo os enseñe a hacer la vuestra"¹. Como si dijera: Para saber lo que Dios quiere de vosotros, no me miréis a mí, mirad a Cristo. ¡No os detengáis ni siquiera en la Regla, id al Evangelio! ¡El carisma franciscano no consiste en mirar a Francisco, sino en mirar a Cristo con los ojos de Francisco!

Los centenarios que estamos celebrando -Greccio, la Regla de Fonte Colombo, los Estigmas- y que se concluirán, dentro de dos años, con el centenario de la muerte del santo, nos ponen delante de una elección. Ellos pueden ser una oportunidad para celebrar la figura del Poverello,

¹ Celano, *Vita secunda*, 214 (FF, 804).





mostrar su lugar en la historia, su actualidad, etc.; o ser la oportunidad para algo más útil y más querido por el corazón del mismo Seráfico Padre.

Hay una razón muy concreta que nos obliga a no detenernos en Francisco: "La ley - está escrito - fue dada por Moisés, la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo" (Jn 1, 17). Esta afirmación, para nosotros religiosos, significa que la regla nos fue dada a través de Francisco, pero que la gracia y la fuerza para ponerla en práctica nos viene sólo de Jesucristo y de su Espíritu. Los benedictinos, los dominicos, los jesuitas: todos deben decir lo mismo: "La regla nos fue dada por Benito, por Domingo, por Ignacio... pero la gracia sólo viene de Cristo".

Esto tiene consecuencias para la formación. En el pasado, al noviciado llegaban jóvenes casi siempre provenientes de familias y de una sociedad impregnada de la fe en Cristo. Se podrían, por tanto, dar por sentados los fundamentos de la vida cristiana e insistir en la espiritualidad particular del propio instituto. Los escritos de su fundador eran el tema principal de retiros y conferencias para novicios.

Hoy, como sabemos, la situación ha cambiado. La formación ya no puede ocuparse de adornos y estuco, sino que debe construir los muros maestros del edificio espiritual, es decir: familiaridad con la Palabra de Dios, apertura a la acción del Espíritu Santo y, sobre todo, conocimiento y amor a la persona de Jesucristo. Entre las dos cosas existe la misma diferencia que entre construir sobre arena o construir sobre roca.

Recordamos la sentida exhortación del Papa Francisco en su *Evangelii gaudium*: "Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso" (EG 3).

Hoy asistimos a un fenómeno inquietante para nosotros los religiosos. Muchedumbres de laicos experimentan este encuentro personal con Jesús y sus vidas cambian, mientras que muchas personas religiosas pasan por la vida sin experimentar nunca una verdadera amistad con Jesús, que es lo que hace que su yugo sea suave y su carga ligera.

Recuerdo un pequeño incidente ocurrido en el Palacio Apostólico de Loreto donde hice mis estudios de teología. En mi región, las Marcas, el nombre "cristiano" significaba generalmente el simple laico, para distinguirlo de los clérigos. Un día, al terminar una reunión, un numeroso grupo de frailes bajaba la escalera central del Palacio. Al verlos, un hombre que estaba abajo exclamó: "¡Cuántos frailes, pero ni un cristiano!" ¡Debemos asegurarnos de que esto nunca sea verdad, si bien un otro sentido!

* * *

La pregunta que surge en este punto es: ¿cómo podemos ayudar a los candidatos de nuestra vida a realizar ese encuentro personal? No podemos esperar que esto suceda debido a algún cambio externo. Los intentos en curso - y no sólo entre nosotros franciscanos - de reducir la fragmentación, uniendo provincias, fusionando custodias, creando lugares comunes de formación, son ciertamente un paso en la dirección correcta. Pero sabemos bien que todo esto no soluciona el problema. Nuestro San Buenaventura, al final de su obra *Itinerario de la mente a Dios*, nos hace comprender lo que se necesita:





“Nadie conoce esta sabiduría mística tan secreta – escribe – excepto quien la recibe; nadie la recibe sino quien la desea; nadie la desea sino aquellos que están inflamados interiormente por el Espíritu Santo enviado por Cristo a la tierra”.²

En otras palabras, el único que puede ayudar nosotros mismos y nuestro jóvenes a realizar un encuentro personal con Jesús es el Espíritu Santo. Nos toca a nosotros - nos dice San Buenaventura - desearlo, reconocer la necesidad que tenemos de él, invocarlo... Gritar como lo hace la Iglesia al comienzo de cada acción importante: "¡*Veni creator Spiritus!*": "¡Ven, oh Espíritu Creador!

Hemos entrado - decía - en el trienio de los grandes centenarios franciscanos: Greccio, la Regla de Fonte Colombo, los Estigmas y la muerte del Padre Seráfico. Hay un centenario que ha pasado descuidado, pero que es muy significativo: el del capítulo de las Esteras celebrado en la Porciúncula hacia Pentecostés de 1221. Este fue el primer Capítulo General de la Orden Franciscana y ha sido el modelo inspirador de todos los sucesivos Capítulos. En él se decidió la creación de nuevas provincias, incluidas las de Oriente, Alemania y Francia. Fue el momento de la primera, grande y gozosa expansión de la Orden Franciscana.

Hoy, en casi todos los capítulos - provinciales y generales - nos vemos obligados, al menos en Europa, a decidir la clausura de una casa tras otra, con gran sufrimiento de todos. (Recientemente vi en Internet la ceremonia de clausura de nuestro convento en Olten, Suiza, y me conmovió la serenidad de los últimos frailes y la tristeza de la gente local al verlos partir). Para nuestro consuelo, vemos, en cambio, cómo la fraternidad se expande en los que un tiempo se llamaban "territorios de misión". Hoy, nosotros europeos nos hemos convertido en territorio de misión.

Una cosa debe sostenernos y evitar que caigamos en el desánimo y la resignación: “Jesus Cristo es el mismo ayer, y hoy y siempre” (Heb 13,8). Su Espíritu es tan poderoso hoy como en el primer Pentecostés y como en el Pentecostés franciscano de 1221. Él puede hacer cosas nuevas también para nosotros, los Frailes Menores Capuchinos (¡y estoy convencido de lo que hará!). Lo importante es poder decir a los que vendrán después de nosotros lo que dijo el Seráfico Padre en su lecho de muerte: “Nosotros hemos hecho nuestra parte. Hicimos todo aquello que pudimos. Cristo os enseñará a hacer vuestra parte.”

Termino con una exhortación profética que proclamé una vez en presencia de San Juan Pablo II y otra en Westminster, ante el Sínodo General de la Iglesia Anglicana. Se trata del oráculo pronunciado por el profeta Ageo en el momento en que el pueblo de Israel, al regresar del exilio, se prepara para reconstruir el templo de Dios. Parece escrito hoy para muchos de nosotros, ancianos capuchinos, que en el espacio de nuestra vida hemos asistido a cambios tan profundos:

“*¿Quién de entre vosotros queda de los que vieron este templo en su primitivo esplendor? Y el que veis ahora, ¿no os parece que no vale nada? Ánimo, pues, Zorobabel | —oráculo del Señor—; | ánimo también tú, Josué, | hijo de Josadac, sumo sacerdote. | ¡Ánimo gentes todas! | —oráculo del Señor—. ¡Adelante, que estoy con vosotros! —oráculo del Señor del universo”* (Ageo 2, 3-4)

² S. Buenaventura, *Itinerarium mentis in Deum*, VII, 4.





Ánimo, entonces, hermano Ministro general - presente y futuro-; ¡Ánimo, capitulares, y a trabajar, porque yo estoy con vosotros, dice el Señor!